

843  
B.

PQ 2193

.B7

R483

Es propiedad.—Derechos reservados.—Queda hecho el depósito que marca la Ley.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

885-48

## EL REY DE LOS GRIEGOS

### PRIMERA PARTE

#### I

**H**AS casas donde el demonio del juego tiene establecido su domicilio oficial en Paris, pueden dividirse del modo siguiente:

Primero, los Círculos de recreo autorizados debidamente; segundo, los Círculos tolerados; tercero, los *garitos*.

Los primeros se administran por un *gerente* que percibe una cuota fija. El impuesto que grava sobre los jugadores, se destina á pagar los gastos de la casa y á aumentar las comodidades de los asociados.

Los Círculos de que hablamos son conocidos de todos los que frecuentan en Paris la buena sociedad, empiezan en el Jockey-Club, cerca de la Ópera, y acaban en el Gran Círculo del boulevard Montmartre. En estas casas, el juego es el pasatiempo favorito, y por intermitencias; sólo en ciertas épocas del año se juega durante el día; en cambio, por la noche, se empieza de cinco á siete y de doce á cuatro de la madrugada.

Aquí el vicio es discreto, no se impone, réina sin despotismo: hombres de buena sociedad, hom-

bres políticos, banqueros ó artistas, se reúnen en ese local, situado en el centro de sus negocios, ó de sus aficiones, y allí hablan de los sucesos del día, de las carreras pasadas ó de las que han de tener lugar, de aventuras, de las anécdotas que corren, y cuando quieren entretener el tiempo, antes de comer ó dormir, dejan el salón de lectura ó de conversación y se dirigen á una habitación especial, generalmente apartada é independiente, y juegan para distraerse. Hemos llamado á estos Círculos autorizados, porque dependen del Ministro del Interior, y gracias á su protección, gozan de una existencia legal, y tienen toda garantía de seguridad.

Los Círculos *tolerados*, que forman la segunda categoría, dependen del Prefecto de Policía. Con una solicitud firmada por unas cuantas personas más ó menos influyentes, ha dado la autorización para abrirlos, reservándose el derecho de cerrarlos á la menor infracción de los estatutos. Su existencia no es legal, es simplemente administrativa, se compone de un grupo de individuos explotados por un especulador. Este toma el título de *gerente* ó *administrador*, y es á veces llamado *Coronel* por los concurrentes; éste se encarga de todos los gastos del Círculo, y toma beneficio de los jugadores, á los que trata de atraerse por todos los medios conocidos. Aquí las mesas de juego no se esconden en una sala retirada, ocupan, por el contrario, las habitaciones más importantes, y van instalándose hasta el salón de lectura, de conversación y comedor.

Las admisiones en estos Círculos son muy fáciles. En cuanto un individuo es conocido como un gran jugador ó tenaz aficionado, el mismo *gerente* ó dueño de la casa le invita, sin cuidarse de sus antecedentes, si el *gerente* ó dueño es hombre de tacto y energía; el juego es legal, no

se comete ningún fraude y no merecen los nombres que les ha otorgado algún jugador desplumado, como la *partida de los griegos*, y otros no menos significativos.

Los *garitos*, que vienen en último lugar, no son dignos de fijar la atención. Las casas, ó más bien tugurios, donde el juego se oculta á todas las miradas, y donde un *griego* de profesión desbalija á pobres estudiantes, industriales y empleados de poco sueldo ó criados, que pierden en una noche un mes de sueldo ó los productos mercantiles de medio año. La Policía tiene los ojos fijos en esas casas clandestinas y á veces se presenta en ellas cuando menos la esperan, se apodera de los utensilios de juego y detienen á los jugadores; pero estas casas son tan numerosas en París, que por una que se cierre brotan cuatro; jamás el juego se ha propagado con el furor de hoy: no es ya una enfermedad, es una epidemia.

El 20 de Noviembre de 187... á las diez de la noche, un carruaje de punto se detuvo en el extremo de una de las calles que desembocan al boulevard de los Italianos, delante de un Club de los de segunda categoría. Un hombre elegantemente vestido, moreno y agraciado, bajó rápidamente del coche, despidió al cochero y penetró en la casa, atravesó un salón casi desierto, y penetró en la sala destinada al *baccarat*, donde todos los asistentes parecían haberse dado cita.

—¡El Conde de Bussine! — dijo Lafleur, joven Abogado de gran porvenir.

Su vecino d'Ameliu, el Diputado, al reconocer al recién llegado, añadió:

—No podía dejar de venir. Perdió mucho la noche anterior y trata de reponerse. No creo que haya cambiado su suerte. Si *talla*, soy punto en contra.

—¡Calle! Habías jurado no volver á jugar.

—Esta mañana he cambiado de parecer,—dijo el Abogado, volviendo la espalda á su interlocutor para acercarse á la mesa de juego.

Había en torno de la mesa las doce sillas reglamentarias, todas ocupadas, y detrás, en segundo y tercer término, hasta unos cincuenta jugadores que apretaban á los primeros para inclinarse sobre el tapete verde y seguir los accidentes del juego. La mesa estaba cubierta de fichas rojas, blancas, de marfil, nácar ó de hueso, representando cantidades fabulosas. El oro y los billetes se veían también en abundancia sobre la mesa, pero sin orden, porque al fin de la partida las fichas se cambian por la cantidad que representan.

En el momento en que el Conde de Bussine entraba en la sala, el banquero ponía la banca é invitaba á los jugadores.

—Señores, hagan juego.

Una verdadera lluvia de fichas de todos los colores y formas inundó el tapete.

—¿El juego está hecho?—preguntó el banquero paseando la vista en torno de la mesa.

—¿Cuanto hay en la banca?—preguntó el Conde.

—Todo lo que vos queráis,—repuso el banquero.

—Entonces pongo diez mil francos al primer cuadro,—dijo el Conde conmovido.

Y al hablar así arrojó un paquete de billetes sobre la mesa.

—¿Nada más?—dijo el banquero.

—¡Nada más!—repitió docilmente el *Croupier*.

## II

El *Croupier* es un personaje desconocido en los Círculos de primera clase, á menos que la partida tome proporciones exageradas; como allí, todos los jugadores se conocen, se auxilian unos á otros, pagan al que está más lejos y recogen por sí el dinero ganado; pero en los Círculos de segundo orden es el socio del banquero, y representa en la mesa de juego los intereses de la caja.

Empezó la partida, partida importante, cuarenta mil francos lo ménos, repartidos entre ambos cuadros, y al murmullo de las diferentes conversaciones sucedió, como por encanto, profundo silencio. Los *puntos*, aguardando que se decidiese su suerte, y los espectadores esperando con ansiedad el fin de aquella importante batalla. En cuanto al banquero, afectaba una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

—Doy cartas,—dijo.

Los *puntos* respiraron. Era una primera victoria, porque el banquero no había vuelto *ni ochos ni nueves*. El cuadro de la derecha, en que había interesado su juego el Conde de Bussine, rehusó cartas; el banquero se volvió al de la izquierda, y el que tenía la *mano* pidió carta.

Se le dió una figura. El banquero tuvo un momento de vacilación: ¿se daría carta? ¿no se la daría?

—¿Cual es más fuerte de los dos cuadros?—preguntó.

El *Croupier* examinó y dijo:

—Veinticinco mil francos próximamente en el primero, y quince mil en el segundo.

—Tiro, — dijo el banquero.

Y echó sobre la mesa un tres.

—Tengo ocho, — dijo volviendo la baraja.

Los *dos cuadros* habían perdido; y todas las fichas y el dinero, vino arrastrado por la *raqueta* del *Croupier* á aumentar el dinero de la *banca*.

—¿Habéis tomado parte en la jugada? — dijo Amelin al Abogado Lafleur.

—No, á Dios gracias: iba á arriesgar cinco luises cuando vi á Bussine poner diez mil francos, y como confío en que sigue su mala suerte, he vuelto á guardar mi dinero, y jugaré contra él en cuanto *talle*.

—No tardaréis; la casa *va á echar ases* y tratará de reponerse.

En efecto, el banquero satisfecho de su victoria, había arrojado las cartas y guardaba con ambas manos su tesoro para alejarse de la mesa.

Sin perder tiempo, el *Representante* *barajó* nuevas cartas y *echó ases*; siendo adjudicada al Conde de Bussine en quinientos luises.

Ocupó el sitio que dejaba su antecesor, sacó de la cartera diez y nueve billetes de á mil francos que hizo contar y empezó á *tallar*.

Sus primeros *golpes* fueron dichosos y se repuso en breve, y aun triplicó el capital, pero en vez de contentarse con esta ventaja se empeñó en seguir jugando, cuando un criado se acercó á decirle al oído:

—Un caballero desea ver al señor Conde para un asunto urgente.

—¡Dejadme en paz! Ya sabéis que no me muevo cuando estoy *tallando*.

El criado se alejó y el Conde empezó un nuevo *albur*.

Ganó de nuevo, y una sonrisa entreabrió sus labios, pero el criado volvió á entrar y le presentó una tarjeta en una bandeja.

—¿Otra vez? — dijo el Conde encolerizado.

—No es culpa mía, señor, ese caballero alborota en la antesala, jura que si no entraba esta tarjeta pasaría él mismo, y por evitar un escándalo...

—Esta bien, — dadme.

Era una tarjeta en la cual, bajo un nombre, había escrito con lapiz.

*Os busco hace rato. Vuestra esposa os llama... se muere.*

El Conde hizo un movimiento como para levantarse, pero su mirada cayó sobre la mesa, cubierta de oro y de billetes ya *apuntados* para la *jugada*, se acordó que la fortuna se le mostraba propicia en aquel instante, y dijo al criado:

—Decid á esa persona, que la siga al punto.

Y volviéndose á los jugadores, añadió.

—Señores, continúa la partida.

### III

El individuo á quien el criado transmitió la respuesta del Conde Bussine se llamaba Petithomme y jamás se vió un hombre en más perfecto desacuerdo con el nombre que llevaba.

El señor Petithomme tenía una estatura de Hércules. Sólo la cabeza formaba contraste. Era una cabeza de mujer ó de niño, con pequeñas facciones, orejas, boca chiquitita, por la que es-

pelía una vocecita atiplada que parecía salir con trabajo de la garganta de aquel coloso.

A pesar de este contraste el señor Petithomme era imponente y se explica que los criados del Círculo hubieran obedecido á sus amenazas.

Cuando recibió la respuesta del Conde tuvo un momento de vacilación, estuvo á punto de penetrar en los salones y decir al señor de Bussine:

—¿No me habéis entendido? Os digo que se muere, que quizá ha muerto á estas horas... corred...

Pero dió media vuelta, atravesó la antesala y bajó la escalera precipitadamente. Ya en la calle, nueva vacilación. ¿Tomaría un carruaje? Sacó el reloj y al ver que tenía que pagar carrera doble, confió á sus piernas la comisión de llevarle.

Algunos minutos después llegaba á la calle de Caumartin delante de una casa de buena apariencia. Se hizo abrir, subió al tercer piso, empujó la puerta entornada y se encontró con una mujer que le esperaba. Esta era su esposa.

—¡Calle! ¿Estáis aquí?— dijo el coloso.

—Sí, podían tener necesidad de mí en tu ausencia, y además no hubiera podido dormir y la lámpara hubiera gastado el aceite en balde.

Petithomme encontró sin duda esta respuesta digna de recompensa, porque tomó en sus brazos el pequeño talle de su mujer, la levantó, como hubiera levantado á un niño, depositó dos besos sonoros en sus mejillas y la volvió á soltar. Este era el sistema empleado siempre por el coloso cuando quería dar un beso á su consorte, porque le hubiera sido muy difícil doblarse hasta encontrar su rostro.

Cesarina Petithomme era tan pequeña y delgada, como su marido robusto y corpulento, y como si la naturaleza se hubiera entretenido en

multiplicar los contrastes en aquella pareja, había dado á Cesarina una voz fuerte, sonora, varonil, tanto, que al hablar ambos en una habitación, se cometían graves errores, porque la voz atiplada del marido parecía salir de la garganta de la mujer, y la voz fuerte de Cesarina del robusto pecho de Cornelio.

Aquellos dos seres que se parecían tan poco físicamente, se confundían en uno en la parte moral, y durante su matrimonio, que ya contaba treinta años, habían tenido siempre las mismas ideas y obedecido á una sola voluntad... la de la señora Petithomme, ante la cual su marido había cedido siempre; el coloso había cambiado su cabeza pequeña y falta de ideas por la cabeza bien organizada de Cesarina y con ella se había completado.

Al dejar á su mujer, se abrió una de las puertas interiores, y una joven, casi una niña, se adelantó á él y dijo:

—¿Habéis hallado á mi padre?

—Sí, señorita; le he hallado al fin.

—¿Y cómo no viene con vos?

—No sé,—dijo turbándose,—estaría ocupado...

—¡Ocupado!—¿Le habéis dicho que mi madre está muy mala, que le llama?...

—Sí, señorita... sí; pero tranquilizáos, va á venir... me sigue.

—Bien, muchas gracias.

Y ya iba á retirarme, cuando añadió:

—Volveos á vuestra casa, amigos míos, tendréis necesidad de reposo... Es muy tarde; si algo ocurriese enviaré á la criada.

—¿Para qué?—dijo Cesarina; aquí estamos bien; una noche se pasa pronto, ¿no es verdad, amigo mío?

—Cierto, cierto; repitió Cornelio, que era el eco de su mujer.

—Como queráis; pero hace frío, instaláos en el comedor, hay lumbre y encontraréis té hecho sobre la mesa.

Despidióse con un ademán para entrar en el cuarto de la enferma, cuando de repente se detuvo, dejándose caer en un sillón.

El valor le abandonaba, su corazón estalló en sollozos mientras sus labios balbuceaban.

—¡No tengo padre... si lo tuviera estaría aquí... junto á mi madre, que se muere... Pronto me quedaré sola en el mundo!

Lloró algunos instantes, y temiendo ser oída desde la alcoba de la enferma, enjugó sus ojos, serenose su rostro pensando que en breve su padre volvería y su madre estaría mejor. Las lágrimas de las niñas son como nube de verano.

Entonces quiso ver de nuevo á su madre adorada, y para borrar las huellas de sus lágrimas, corrió al espejo, humedeció con agua fresca sus ojos... y bien puede decirse que jamás un espejo tuvo la misión de reflejar rostro más lindo.

Susana reunía á los encantos de la niña las primeras gracias de la mujer, su cabello descompuerto adornaba un rostro de las más puras líneas; en sus grandes ojos azules, un poco encendidos por el llanto, reflejábanse bondad y energía. Si más adelante los encantos que se indicaban en ella llegaban á su desarrollo, Susana sería una mujer de rara hermosura.

Después de pagar aquel ligero tributo á la prudencia, se encaminó de puntillas al cuarto de la enferma, donde un hombre, sentado á la cabecera del lecho, colocó un dedo en los labios haciéndole señas de que callase.

Entonces la enferma dijo dulcemente.

—No duermo.

Y respirando con fuerza añadió:

—¿Ha venido Jorge?

—No, mamá; pero ya viene, le han encontrado. La enferma suspiró y dijo:

—¿Estáis aquí, Luciano?

—Sí, mi querida Enriqueta.

—Pues bien... tengo que hablaros, Susana... hija mía... ve á descansar algunos instantes. Te llamarán pronto... te lo prometo.

La niña se acercó al lecho, depositó un beso en la frente de su madre y comprendiendo que se trataba de algo solemne, salió para dejar correr las nuevas lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

## IV

En cuanto Susana se retiró, volvióse la enferma al hombre que había quedado á su lado y dijo:

—Acercáos, Luciano; tengo muchas cosas que deciros y las fuerzas me van abandonando por momentos.

Acercóse Luciano, y murmuró:

—¿Por qué no dejar para otra ocasión vuestra confidencia, querida Enriqueta? El doctor os aconseja la mayor quietud y nos encarga que os evitemos toda emoción... Tratad de pasar la noche tranquila y mañana, si estáis mejor...

La enferma le detuvo con un ademán y dijo lentamente:

—El día de mañana no me pertenece, mañana no existiré.

—¡Vos! ¡Qué idea! ¿Estáis loca?

—No,—murmuró la enferma llevando la mano al pecho,—yo sé lo que tengo aquí... Esta afec-

ción al corazón, como dicen los médicos, ha hecho en poco tiempo terribles progresos... Por milagro no he muerto en la crisis que tanto os ha alarmado; pero se renovará cuando menos lo esperéis; lo siento en este ahogo, y entonces todo habrá concluido.

—Exageráis vuestro mal, hermana mía; el médico había previsto todo lo que decís.

La enferma sonrió tristemente en lugar de responder; no tenía la menor esperanza.

—Lo que tenéis que decirme,—añadió su interlocutor,—Jorge debe sin duda oírlo; aguardad á que haya vuelto y nos hablaréis á la par.

—¡Jorge no vendrá,—murmuró la enferma con amargura.

—¿Que no vendrá? ¿cómo no, si le han encontrado, si sabe que estáis enferma?

—Os digo que no vendrá; su funesta pasión podrá más que yo.

—No comprendo de qué pasión queréis hablar.

—De su pasión por el juego.

—¡El! ¡mi hermano jugador!

—Sí, eso es lo que me mata.

—¿Y ahora me lo decís?

—¿Para qué affigiros? Le amáis como á un hijo; sus faltas os hubieran hecho tanto daño como á mí.

—Pero se las hubiera reprochado, se las hubiera corregido....

—¡No hubierais triunfado donde yo he sucumbido! ¡Si supierais todo lo que he suplicado... todo lo que he sufrido!... he hecho intervenir á mi hija, y ella, rodeándole con sus tiernos brazos, le decía:—*¡Padre, quédate con nosotras; no te vayas, mamá está enferma; sufre de verte así; no salgas, por piedad!* Y parecía conmoverse, prometía quedarse, y á veces se quedaba impaciente, nervioso... Aguardaba á las once, llegaban las doce, y

entonces ya no se podía contener, partía para no volver hasta el día siguiente.

—¡Y yo nada sospechaba! ¡me lo ocultabais todo!

—No me hubiera perdonado que os lo dijera, que os entregase el secreto que la casualidad me ha hecho conocer; además, yo esperaba siempre, porque en el fondo no es malo, sólo débil, muy débil; en los primeros tiempos me hizo muy dichosa, después su funesta pasión le ha precipitado, consumiendo nuestra fortuna.

—¿Cómo? ¿os ha arruinado?

—A mí no, á su hija. Yo no le traje dote, no tengo el derecho de quejarme: todo era suyo... y vuestro, puesto que en el día de nuestro matrimonio, para que pudiéramos vivir con más desahogo, le cedisteis vuestra parte en la herencia paterna; ¡sois tan bueno y le queréis tanto!...

—¡Oh! ¡sí! ¡Le quería mucho, mucho!

Y olvidando que se hallaba en la estancia de una moribunda, se levantó y empezó á pasear á lo largo del aposento, hablando en alta voz.

—Sí, yo le amaba mucho, no solamente porque era mi hermano, mi hermano menor, sino porque le había visto nacer cuando yo era ya crecídito, porque guiado por mí, dió los primeros pasos y pronunció las primeras palabras... ¡Le amaba, además, en memoria de la madre adorada que hemos perdido!

Volvióse bruscamente hacia el lecho de Enriqueta y exclamó:

—¡Ah! ¡Si la hubierais cenocido! ¡Qué mujer, qué admirable mujer, qué veneración me inspiraba! Joven aún, se presentó imponente la enfermedad, y comprendió que iba á morir.

—¡Como yo!...

El corazón de Luciano, entregado á sus recuerdos, no oyó esta palabra y continuó:

Entonces me llamó junto á su lecho, tenía yo veinte años, y veo la escena como si fuera hoy... Su habitación se parecía algo á ésta; entre las dos ventanas había un gran retrato de mi padre, precisamente donde vos habéis puesto el de Jorge, pero la misma fisonomía, la misma expresión... Jorge se parece mucho á mi padre, y esta es otra de las razones porque le amo en extremo.

Signióse paseando con agitación, y dijo:

—Cuando estuve al lado de mi madre, moribunda, exclamó:—*Luciano, pronto te abandonaré; voy á reunirme con tu padre; es terrible dejar dos hijos tan jóvenes y que ahora necesitan consejos, protección de una madre; pero moriré tranquila, si quieres hacer un juramento.*—Me arrodillé junto á su lecho, y exclamó:—*Júrame reemplazarme al lado de tu hermano, júrame amarle como yo os he amado, ser indulgente con sus faltas, como lo sería su padre.*—Yo, dije:—*Juro protegerle, amarle como si fuera mi hijo y sacrificarme por él.*—Mi madre quiso detener mi lengua... ¡No era quizá su deseo que mi abnegación llegara hasta el sacrificio, pero lo juré y lo he cumplido hasta hoy, y lo cumpliré toda mi vida!

Al oír estas palabras, el rostro de la enferma cambió de expresión, sus labios sonreían, y cuando Luciano acabó de hablar, le hizo señas de que se sentara de nuevo á su lado; y haciendo un esfuerzo para hablar, murmuró:

—¿Seréis bastante bueno, bastante generoso, para prestar un nuevo juramento?—Y la enferma continuó en voz baja, con la mano sobre el corazón, como si quisiera evitar que estallase antes de concluir.—Os repito las palabras de vuestra madre: moriré tranquila si me hacéis un juramento.

—Hablad,—dijo tomando sus manos como

había tomado en otro tiempo las de su madre.

La angustia detuvo la frase en los labios de la enferma, pero haciendo un esfuerzo supremo, prosiguió:

—Juradme que amaréis á mi hija como habéis amado á vuestro hermano, y que cuando su padre le falte, nos reemplazaréis protegiéndola siempre contra todos.

—El juramento que me exigís no es difícil, porque es consecuencia natural del otro: quiero á Susana como si fuera mi hija, la amaré por mi hermano y por vos, que me recordáis las virtudes de mi madre, la amaré, en fin, por ella misma, porque es una niña adorable.

Este juramento parecía no dejar enteramente satisfecha á la enferma. Luciano, sin duda, lo comprendió así, y añadió:

—¿Queréis que jure también hacerla dichosa, sacrificarla mi vida, mi reposo, hacer lo mismo que haríais vos?

—Sí, sí.

—Pues bien,—dijo con expresiva sonrisa,—puesto que parece que mi misión es sacrificarme por los otros, me sacrificaré por Susana.

—Gracias, gracias,—dijo la enferma, cuyo rostro iluminó de alegría.

En aquel momento se entreabrió la puerta, la enferma miró con ansiedad creyendo que era su marido, pero entró Susana.

—Ven, hija mía,—murmuró;—ven.

Cuando la niña estuvo á su lado, colocó su mano en la de Luciano, y dijo:

—Sucedá lo que quiera, no dudes de su lealtad, de su cariño, de su honor, cree en él como en mí.

Su cabeza cayó sobre la almohada, tantas emociones la habían aniquilado, se ahogaba por momentos. Mientras se moría, su marido seguía ju-



jando; el frenesí del juego le hacía olvidar que su esposa le buscaba para darle el último adiós.

Cuando Jorge, cansado por las emociones sufridas en las diversas fases de *pérdidas y ganancias* de aquella borrascosa noche, recordó á su mujer moribunda y abandonó aquel infierno, amaneció.

Con paso vacilante, se encaminó á su domicilio oyendo en su imaginación la voz de Enriqueta, que decía:

—¡Ven, quiero perdonarte antes de morir!

Cuando entró en su casa fuese en derechura al aposento de la enferma.

Enriqueta vivía aún, pero se ahogaba; la respiración silbaba en su pecho.

La enferma le reconoció, sin embargo, y haciendo el último esfuerzo quiso hablar, pero de sus labios sólo salió un sordo gemido.

¡Acababa de morir ahogada!

## V

De rodillas, junto al lecho de su madre, Susana, abrumada bajo el peso del dolor lloraba amargamente.

De pie, apoyado en la chimenea, Luciano, contemplaba á la madre y á la hija, mientras un raudal de lágrimas corrían por sus mejillas.

Sentado en un sillón, con los codos apoyados en las rodillas, la barba en la mano, Jorge paseaba en torno suyo una mirada estúpida.

Al ver en aquel instante reunidos á los dos hermanos, su extraño parecido sorprendía: era

la misma estatura, las mismas facciones, los mismos movimientos... Jorge, más joven que Luciano, parecía tener la misma edad que éste, porque las emociones del juego, las vigiliadas prolongadas, los días tormentosos sucediendo á las noches de fiebre, le habían envejecido en poco tiempo, nivelando la distancia que el tiempo había marcado entre los dos.

Sin embargo, si la estatura y facciones eran idénticas, la expresión de su rostro en nada se parecía. En Luciano, la mirada, la sonrisa, indicaban inflexible bondad; sus cejas, muy juntas; su boca, de labios gruesos; sus mejillas, de color sonrosado, denotaban la viveza de la sangre, el corazón tierno, el carácter dulce de aquel hombre, que en casos determinados podía ser de una gran energía.

Advertíase, por el contrario, en Jorge, algo de indecisión, y en vez de la bondad, de la energía que se leía en la mirada animada de Luciano, el hermano menor tenía la vista sombría, sin fijeza, clavada en tierra las más de las veces.

Hacia media hora que el silencio era sólo interrumpido por los sollozos de Susana. Luciano se acercó á ella, la tomó de la mano, y dijo:

—Ten valor, hija mía, y déjanos un momento á solas; volverás á esta estancia cuando sea tiempo.

La niña no replicó, salió de la estancia con el rostro vuelto hácia la pobre muerta.

Jorge, maquinalmente, al ver salir á su hermano y á su hija, se levantó para seguirlos; quizá tenía miedo de permanecer junto al cadáver.

En la puerta tuvo que apartarse á un lado para dejar entrar á la señora Petithomme y á una amiga de Enriqueta que se habían ofrecido á amortajar á la difunta.

En el salón Luciano se ocupó de los tristes de-

talles que acompañan á toda defunción, respetando la postración de su hermano, que atribuía al golpe que acababa de sufrir. Terminados sus tristes deberes abrazó tiernamente á Susana, le manifestó algunas frases de consuelo, y dirigiéndose á su hermano, le dijo:

—Tengo necesidad de dejaros hasta luego; pero no tienes que ocuparte de nada, he dejado despachado lo más urgente, más tarde volveré á concluir mi triste tarea.

Las primeras palabras que pronunció Luciano parecieron sacar á Jorge de su letargo y se levantó balbuceando:

—¿Vas á la oficina?...

—¡Preciso! Un cajero no se pertenece, y si me ausento hoy, para acompañaros, debo, por lo menos, avisarlo, por si ocurre un caso urgente.

Y Luciano se alejó, mientras Jorge, pálido, anonadado, inclinó la cabeza.

Largo tiempo, corredor de Bolsa, Luciano, aceptó un modesto empleo que le ofrecía un banquero del boulevard Haussmann. Era, hacia dos años, cajero de la casa *Robins y Compañía*. El señor Robins se fiaba de tal modo de la honradez é inteligencia de Luciano, que teniendo que hacer varios viajes á Inglaterra para sus operaciones mercantiles, dejaba á Luciano todos sus poderes: estaba entonces ausente hacia dos días y era una de las razones que tenía Luciano para no dejar de presentarse en la oficina.

No obstante, antes de dirigirse al boulevard Haussmann, pasó por su casa, calle Neuve-des-Mathurins, á recoger las llaves de la caja, pues la noche anterior, y cuando se desnudaba para acostarse, fueron á buscarle de casa de su hermano, diciéndole que su cuñada se moría, y sin acordarse de las llaves, las dejó sobre la chimenea de su cuarto.

En cuanto entró, el criado le dijo que su hermano Jorge había ido á buscarle la noche anterior, á cosa de las diez.

—¿No le habéis dicho que había salido para ir á su casa?

—Se lo dije, y esperó un momento, luego salió diciendo que volvería.

—¿Y no ha vuelto?

—Sí, señor, y estuvo esperando; pero luego cambiando de parecer, se marchó.

Luciano no dió importancia á estos detalles, había visto á su hermano á las cinco de la tarde, después fué á la oficina á pedirle dinero y supuso que volvió en busca suya con la misma pretensión.

Reparado un poco su atavío, guardó las llaves en el bolsillo, tomó el camino de la oficina, y pocos momentos después, estaba en ella, ocupado en leer una larga carta de su principal, cuando el empleado más antiguo de la casa, llamado Cabart, entró en su despacho.

—¡Hola! ¡ya trabajando! —dijo al apercibir á Luciano, —yo creía que vinisteis anoche porque tendríais algo que hacer esta mañana.

—No, yo no he venido anoche, —dijo Luciano volviendo la cabeza.

—¡Como! Al pasar por aquí, á cosa de las diez y media, de vuelta hacia mi casa, os he visto en la puerta de la calle, próximo á entrar en el portal; hubiera cruzado á saludaros si no hubiera ido con mi mujer y mi hija.

—Me habéis equivocado con otro, —dijo con naturalidad Luciano.

Y sin cuidarse de prolongar la convesación con Cabart, que no le era simpático, volvió á continuar su lectura.

—¡Es extraño! —dijo el viejo empleado dirigiéndose á su despacho, —yo hubiera jurado que

era él, y mi mujer y mi hija le han reconocido también; sin embargo, no puede tener ningún interés en negarlo.

En su carta, el señor Robins, anunciaba su vuelta para el siguiente día, de tres á cuatro, recordando á Luciano un pago de ochenta mil francos que tenía que hacer aquella mañana; le decía tomara las diversas sumas que tenía en caja, y cuarenta mil francos que había sacado del banco la víspera de su partida para que pudieran hacer frente á cualquiera eventualidad que ocurriera en su ausencia.

—Es verdad, — exclamó Luciano para sí, — tengo más de lo que necesito.

Al mismo tiempo, como deseaba volver á casa de su hermano lo más pronto posible, abrió la caja para preparar los ochenta mil francos necesarios al pago, pero en cuanto la abrió palideció...

¡La gran cartera que contenía, de ordinario... los billetes de Banco, estaba vacía!

Tomó otra cartera, la de los valores, acciones diversas, títulos á negociar... quizá por equivocación habría puesto en ella los billetes. En vano los buscaba, no estaban.

Entonces, febril, con mano trémula, registró todos los rincones de la caja; vació todo su contenido sin hallar lo que buscaba: los títulos, las monedas de plata y de oro estaban en su sitio; pero todos los billetes de Banco habían desaparecido.

¿Se habría engañado en sus cálculos?

Examinó los libros de los asientos, y el resultado fué desconsolador, le faltaban ciento diez mil francos en billetes del Banco.

¿Dónde había ido á parar esta suma? ¿Cómo podía haber sido sustraída?

La caja no estaba solamente cerrada con llave

sino con su secreto, una palabra que nadie conocía más que el señor Robins y él, y el señor Robins estaba ausente.

Entonces, inclinado sobre la caja, estudió largo tiempo la cerradura, la combinación de letras, todo funcionaba perfectamente, no había la menor señal de fractura ó violencia.

## VI

Solo, en su despacho, reflexiaba profundamente, queriendo adivinar quién podía ser el ladrón.

Si se partía del principio de que la cerradura estaba intacta, había que reconocer que el ladrón era persona que entrase con frecuencia en su despacho y podía sorprender el secreto de la caja; pero esta persona ¿cómo se había procurado las llaves?

Pasó revista á todos los empleados de la casa, tratando de fijar en algunos sus sospechas, y después de un momento de examen, hubo de reconocer que no había nada de sospechoso en la conducta de sus compañeros, mucho más que todos habían partido la víspera antes que él, que abandonó la caja á las cinco y media.

Repuesto de su primer terror, no ménos desesperado, pero más tranquilo, recordó haber contado los billetes, y haberlos encerrado, como siempre, en la cartera. De pronto, otro recuerdo le asaltó: todos los empleados no habían partido antes que él: Cabart había entrado precisamente á las cinco y media á pedirle un dato y Luciano, que después de haber colocado la palabra, se

disponía á introducir la llave, se volvió á contestarle. La palabra podía haber sido sorprendida en aquel momento por Cabart.

Era infame sospechar de un hombre irreprochable hasta entonces; pero Luciano no podía tener en tal situación escrúpulos ni consideraciones: era el Juez de Instrucción que investiga y reúne datos para formular su acusación, y Cabart era el único empleado que podía conocer la palabra... però ¿y la llave?

Después de haber obtenido el dato que deseaba, había partido, y Luciano, poco después, había abandonado su oficina; ¿pero al llevarse consigo las llaves, las había perdido? ¡No! pero si abandonado, puesto que las había tomado de encima de la chimenea, donde las había dejado la víspera, y durante la noche muy bien podían haberlas utilizado. ¿Pero quién? ¿Su criado... aquel anciano servidor que lo había sido ya de su padre? ¡Imposible! ¿Qué uso hubiera podido hacer de las llaves si no conocía la palabra? ¿Sería cómplice Cabart? ¿Cabart, ya en posesión de la palabra, se habría introducido en su habitación para robarle las llaves? ¡Locura! ¿Cómo podía adivinar que las iba á olvidar aquella noche? El criado, además, no había abierto á nadie; no le había dicho que hubieran ido á preguntar por él. Sí, Jorge. Jorge á las diez y media había entrado en su cuarto; ¡pero qué importaba! ¿Iba á sospechar de su hermano?... Era hasta donde podía arrastrarle su locura. Además, ¿no podía aplicarse á su hermano el mismo razonamiento que á su criado? Si tenía las llaves, tampoco conocía la palabra... ¡Pero sí! algunos momentos antes de abandonar su oficina, precisamente cuando salía Cabart, Jorge entró á ver á su hermano, y en aquel momento no habían sido aún las letras descompuestas; la palabra se leía clara en la cerra-

dura... Por este razonamiento, Jorge era el único que podía haber sido dueño de la palabra y de las llaves.

Luciano dejó la caja, y empezó á pasear con agitación, furioso contra sí mismo, que se atrevía á mezclar el nombre venerado de su hermano en un robo. Además, decía: *Si tomó las llaves, ¿cómo las he vuelto á encontrar sobre la chimenea?*

Pero esta observación también tenía contestación satisfactoria. Jorge había penetrado dos veces en su cuarto, según confesión del criado: muy bien podía haber tomado las llaves la primera vez y haberlas dejado la segunda. ¡Ah! ¡qué infamia admitir semejante posibilidad! ¡acusar á su hermano!

Y cuando quería arrojar de su mente tales ideas, un nuevo recuerdo parecía dar fuerza á su presunción.

¿Cabart no afirmaba haberle visto la noche anterior, á las diez, dispuesto á subir á la oficina? ¿Cómo habría podido verle si no había ido? Podía haber visto á su hermano; su hermano se le parecía, y en más de una ocasión habían sido tomados el uno por el otro.

A sus temores venían también á dar fuerza las confidencias de Enriqueta. Jorge era jugador había perdido toda su fortuna; y además, aquella última noche pasada en el Club, cuando sabía que su mujer se moría... que le llamaba... Después, aquella postración... aquel abatimiento... podía ser dolor, desesperación... pero no; había terror en su mirada... Además, el tono con que preguntó: *¿Vas á tu oficina?* ¿Por qué había de inspirarle miedo que fuera á la oficina, que abriera la caja?

Las ideas más terribles se apoderaban de él y le anonadaban con su peso, y sin embargo, aún trataba de defender á su hermano.

¡Sufría horriblemente! ¡Tantos golpes en tan breve tiempo; la muerte de Enriqueta, su caja robada, su hermano acusado de un crimen, aquel hermano á quien tanto quería, hecho un ladrón! ¡Se sentía abrumado por la desesperación, el dolor le trastornaba, sentía su razón vacilar! Necesitaba aire, movimiento, ruido para olvidar, para tranquilizarse y razonar mejor. Aquella caja vacía le hacía perder la razón y si permanecía allí por más tiempo acabaría por gritar: *¡Me han robado! ¡Me han robado!* Necesitaba reflexionar con calma antes de tomar algún partido. Entonces, tratando de volver á empalmar su vida desde el momento en que había encontrado vacía la caja, trató de componer su rostro y se dirigió al despacho de su subordinado Cabart.

—He olvidado, — dijo afectando una tranquilidad que no tenía, — deciros que necesito ausentarme para un asunto urgente, recibid en mi nombre á cualquiera que pueda venir preguntando por mí ó por el Jefe.

—¿No vendréis mañana?

—¿Por qué no había de venir?— exclamó turbándose.

—Lo decía para reemplazaros, si era necesario, conozco todos los negocios de la casa, y aunque el señor Robins me ha encontrado demasiado viejo para elevarme á la dignidad de cajero, poseo toda su confianza, como sabéis, y no ignoro que mañana...

—¿Que?— exclamó Luciano estremeciéndose á pesar suyo.

—Tenemos que hacer un pago á la casa *Borel y compañía*, me dejáis la llave de la caja...

—No, no hay necesidad, — dijo vivamente Luciano; — yo vendré mañana.

Cada una de las palabras de Cabart, palabras harto naturales, habían atravesado el corazón de

Luciano, que creía que aquel hombre conocía ya su desastre.

Pasó á otro despacho, dió sus instrucciones para los asuntos del día, y salió, por fin, á la calle.

El aire libre, el ejercicio, hiciéronle mucho bien y apreció con más sangre fría su situación. Su deber se le apareció claro y distinto, el primero era llamar al señor Robins, enviarle un telegrama rogándole que inmediatamente viniera á Paris, y en cuanto llegara le daría cuenta de la catástrofe, y los dos de acuerdo, tomarían las disposiciones necesarias. Entretanto que llegaba su principal, ¿no debía dar cuenta al Comisario de Policía? Este era su deber... Pero, sin embargo, aquel hombre escrupuloso, vacilaba. En aquella queja que iba á depositar ante la Ley, entregaba á su hermano... Entonces resolvió aplazar su declaración hasta hablar con su hermano y saber á qué atenerse. Hizo parar un coche, se metió en él y se hizo conducir á la calle Caumartin.

## VII

Durante el corto trayecto que tuvo que recorrer el coche, Luciano se reprochaba el paso que iba á dar cerca de su hermano, en las circunstancias graves y dolorosas por que pasaba, ¿debía ir á injuriarle con sus sospechosas, á atormentarle con sus preguntas? Todo su afecto, todo su amor, toda su abnegación por aquel hermano querido, volvía á surgir en su corazón con más fuerza que nunca.

En cuanto el carruaje se detuvo, lanzóse preci-

pitadamente á la escalera, empujó la puerta entornada de la casa de su hermano, atravesó el salón desierto y penetró en la cámara mortuoria.

Allí dos personas se encontraba con la muerta; la señora Petithomme, sentada en un sillón y Susana de rodillas, que al ver á su tío se levantó, y mostrándole la muerta, repuso:

—¡Ved qué hermosa! Parece que duerme.

Luciano contempló piadosamente el cuerpo rígido de su cuñada, y estrechando á Susana contra su corazón, dijo:

—¿Dónde está tu padre?

—No lo sé, no pienso más que en mi madre.

Volvió á caer de rodillas ocultando el rostro entre las manos.

La señora Petithomme, que había oído la pregunta, exclamó:

—Esta mañana, después de vuestra partida, vuestro hermano se ha retirado á su cuarto y no le hemos vuelto á ver.

Luciano se dirigió á la estancia de su hermano.

—Ha querido estar solo para llorar,—se dijo.

Y le compadecía, y se acusaba por sus indignas sospechas, porque la vista del cadáver, la solemnidad de la estancia mortuoria, las lágrimas de la huérfana, habían como purificado su pensamiento, y al dirigirse al cuarto de su hermano iba para consolarle, no para acusarle, para hablarle de su propia desgracia y confundir sus lágrimas con las de Jorge.

Al llegar á la puerta tocó ligeramente y quiso alzar el picaporte; pero la puerta no cedió, estaba cerrada por dentro.

Entonces llamó con violencia, y dijo:

—Abre, soy yo, tu hermano.

Nadie le respondió; aplicó su oído á la cerradura, nada oyó; un silencio profundo reinaba en la estancia. ¿Qué quería decir aquello? ¿Por qué

no abría su hermano si estaba dentro? La llave en la cerradura lo atestiguaba.

Luciano tuvo miedo, y su pensamiento, tan dispuesto á entrever catástrofes por doquier, le hizo sospechar un atropello por parte de su hermano.

—¿Se habrá suicidado,—se decía,—al suponerse causante de la muerte de su mujer? ¿le habrá la desesperación conducido al suicidio?

Y ansioso, trémulo, se hincó de rodillas ante la puerta, aplicando la vista al ojo de la cerradura; el lecho daba frente á la puerta; su hermano, echado sobre la cama, parecía dormir profundamente, y Luciano, que creía hallarle sumido en profundo desaliento, se incorporó indignado al ver tan prosaica actitud; inquieto, sin embargo, de tan pesado sueño, llamó de nuevo con más violencia.

—¿Quién vá? ¿Quién vá?

—Abre, abre pronto; soy yo.

Y siguió golpeando la puerta temeroso de que su hermano volviera á caer en un sueño inverosímil.

Algunos minutos después, una llave resonó en la cerradura y la puerta se abrió. Entro Luciano, y volvió á cerrar cuidadosamente la puerta, porque lo que iba á decir no debía ser oído por nadie, y exclamó:

—Abre esa ventana, que te dé el aire; es preciso que tengas toda la razón para la explicación que vamos á tener.

Jorge obedeció maquinalmente; estaba pálido y su mirada se desviaba de la de su hermano.

Luciano, tan pálido como él, porque la actitud en que veía á su hermano robustecía sus sospechas, dijo con acento breve y un tanto duro:

—¿Dónde estabas esta noche mientras tu mujer se moría y te llamaba?

—¿Dónde? El señor Petithomme, que me ha encontrado, te lo habrá dicho.

—No, pero lo adivino, estabas jugando; ¡eres jugador!

Jorge bajó la cabeza: ante una afirmación tan precisa, era inútil negar.

Luciano entonces le miró frente á frente y dijo:

—¿Y con qué dinero jugabas? Tú no le tienes, tú no le tenías, puesto que á las cinco fuiste á pedirme y no te lo pude dar.

—Uno de mis amigos me le ha prestado.

—Me dirás su nombre.

—¿Para qué? No comprendo la pregunta ni el tono con que me la haces: yo no puedo admitir...

—¿Qué es lo que no puedes admitir?— dijo Luciano con violencia; —¿que te interrogue? Olvidas, sin duda, que no eres mi hermano, sino mi hijo, porque te he servido de padre, y un padre tiene el derecho de conocer la conducta de su hijo? ¡Ah! He sido harto indulgente contigo: mi debilidad ha traído tu vida de desórdenes, y cuando recuerdo que te he permitido añadir á nuestro apellido el de Lecomte de Bussine, que nos corresponde en tercero ó cuarto lugar, y que un día, por un error fácil de cometer al unir los dos nombres, te has dejado llamar el Conde de Bussine mientras yo sigo llamándome Lecomte, me avergüenzo de mi debilidad... pero ya no se trata de esto, sino de que me digas quien te ha prestado el dinero, si te le prestaron, á qué fuiste á mi casa á las diez de la noche; por qué no habiéndome hallado volviste después. ¡El caso urge, defiéndete!

—¡Defenderme, de qué!

Luciano le miró y tuvo como una vaga esperanza de encontrarle inocente; pero era preciso acabar, y dijo con vehemencia:

—Han robado mi caja, pero no has sido tú, no puedes ser tú, ¿no es verdad?

—Ciertamente, ¿cómo puedes suponer?... ¿quién me acusa?

—Nadie, nadie. ¡Ah! ¡cuánto me agrada oír que te defiendas, que protestes! Entonces corro á dar parte, á que busquen al ladrón. He perdido un tiempo precioso; corro á dar parte al Comisario de Policía.

Y dió un paso hacia la puerta; pero en aquel momento Jorge, in voluntariamente, hizo un ademán para detenerle, que apercibido por Luciano se volvió, cogió á su hermano violentamente por el brazo y le dijo:

—¡Ah! no me había engañado; el ladrón eres tú.

## VIII

Después de lanzar sobre su hermano tan terrible acusación, Luciano aguardó; esperaba que protestase; que ofendido en su amor propio pidiese razón del insulto; pero no, Jorge permaneció inmóvil, mudo, como abrumado bajo el peso de su crimen.

—¡Ah, desgraciado, desgraciado!— exclamó Luciano.

Y ocultó el rostro entre las manos para que no fuese visto su dolor, su vergüenza.

Después, como Jorge continuase sollozando, prosiguió:

—Habla: dime cómo has llegado á cometer tan vil acción: ¿Qué demonio se ha apoderado de tí?

—¡Ah!— murmuró Jorge.—¿Cómo explicarte

lo que yo mismo no comprendo? Ese crimen no lo he premeditado, te lo juro; hoy no sé cómo he podido cometerlo.

Y se detuvo; pero la mirada imperiosa de su hermano le mandaba seguir hablando y continuó, haciendo un esfuerzo penoso:

—Es verdad, hace dos años que juego: el orgullo, la vanidad, la fiebre de ser rico... ¡que se yó! ¡Después el deseo de vencer á mi mala suerte me arrastró! Cuando se gana, es fácil decirse no tocaré ya más una carta; pero cuando se pierde, cuando se arruina á los suyos, entonces quiere probarse de nuevo, se cree que la mala suerte dejará de perseguirnos.

Sentado en frente de su hermano, la mirada clavada en sus ojos, Luciano escuchaba: aquel hombre, que no había tenido en su vida más que una pasión, la del sacrificio, la del cumplimiento de su deber, estudiaba con asombro el cuadro nuevo que se presentaba á sus ojos.

—He luchado,—decía Jorge,—he luchado mucho tiempo, ganado hoy para perder mañana, levantándome un día para caer el otro en su abismo, pidiendo á unos y á otros cuando el dinero se me acababa, malgastando siempre mi fortuna, después mi crédito... Sin embargo, había en mí una voz, una esperanza, que me decía que la suerte iba á sonreirme de nuevo. Ayer estaba en este caso, y fui á pedirte algunos miles de francos; te encontré en tu despacho, te hice la petición, y mientras la negabas, contabas billetes, muchos billetes, los encerraste en una cartera, cerraste la caja y ordenaste las letras antes de echar la llave. Las cinco letras de la caja saltaron claras y distintas á mis ojos... ¡Te juro que entonces no tenía ningún mal pensamiento, pero la palabra era diabólica, las letras que acababas de ordenar decían:—*¡Ganar!*

—¡Ah! ¡por qué la casualidad te las hizo elegir! La casualidad, que me persigue, me ha deshonrado.

Quedóse un momento mudo, abstraído, abismado en su dolor y casi maquinalmente continuó después:

—¡Comprendes el efecto de aquellas cinco letras! Supersticioso, como todo jugador, me pareció que tú mismo, tú, mi ángel custodio, me decías:—*Ten esperanza, no te engañas, juega y ganarás.* Un instante después salimos juntos, las oficinas quedaban desiertas; ví que cerrabas la puerta de entrada con una llave que estaba en el llavero, con las llaves de la caja... y te juro que no hice entonces tales observaciones; después acudió á mi memoria cuando me ofreciste que comiera contigo y me negué; quería buscar la suma que necesitaba; en vano, mi crédito había muerto. A las ocho y media entré en casa de Bignon, donde comí apenas, pero bebí mucho; tenía fiebre; á las diez me levanté de la mesa; la necesidad de dinero se imprimía cada vez más en mi mente: entonces pensé volver á tu casa, pensé que no me había mostrado bastante exigente, que si yo te súplicaba más, cederías. Acababas de salir y entré en tu cuarto á esperarte. Hacía algunos instantes que estaba allí, cuando ví sobre la chimenea las llaves de la oficina y las de la caja. La casualidad te las había hecho olvidar. ¡Siempre la casualidad! Entonces me dije que todo me favorecía; que la suerte estaba claramente indicada; que era cuestión de hacerme un empréstito que podía devolver al día siguiente, y dentro de mí gritaban voces más fuertes que mi conciencia... Corrí al boulevard Hausmann, abrí la oficina, después la caja, me apoderé de billetes de Banco sin contarlos... ¿para qué? ¡Iban á producir en mis manos el triple de su valor!...



¡Ah! ¡Es infame, infame, lo reconozco; pero estaba embriagado, loco!

Esta vez se detuvo, anonadado, triste, falto de aliento.

Luciano fijó en él una mirada llena de compasión y le dijo en voz baja, sin cólera, sin amargura:

—Cuando fueron á decirte que tu mujer se moría, que te llamaba, tu embriaguez hubiera debido cesar.

—Cierto; y cesó; ví clara mi situación. Pero había perdido parte de la suma que te pertenecía, y ya no luchaba para enriquecerme, luchaba para no ser descubierto, para no perderte conmigo, porque ya comprendía el horror de mi crimen.

—¿Y tenías valor de jugar mientras ella se moría?

—No, si no jugaba, combatía con desesperación; no jugaba ya dinero, ¡jugaba mi honra, mi libertad, mi vida! Enriqueta se moría, y temía más sus reproches que su muerte, y la veía pálida, trémula, diciéndome:—*¡Has robado á tu hermano! ¡Has deshonrado á tu hija!*

Después de una nueva pausa, Luciano dijo lentamente:

—Y la lucha ha sido inútil, ¿no es verdad?

—Inútil,—dijo Jorge sordamente.

—¿Sabes al menos lo que has perdido?

—No.

—Pues yo lo sé, porque faltan ciento diez mil francos en mi caja.

Y como Jorge no respondiera, Luciano insistió:

—¿Y no te resta nada de esa suma?

—Nada.

—¿Ni conoces á nadie, no que te la preste, sino que nos la preste?

—A nadie.

—Entonces voy á buscar por mi parte; no tengo, desgraciadamente, más que algunas horas, y si mañana por la mañana...

Y se detuvo. Aquel gran corazón no admitía las amenazas, las recriminaciones inútiles. No obstante, antes de salir dijo á su hermano:

—Ve á rezar á la estancia mortuoria y ruega á la que ya está al lado del Señor, que te perdone tu crimen y tenga piedad de los dos.

## IX

Cuando dió cuenta á Luciano de los dos diferentes encargos que había tenido que desempeñar aquella mañana Cornelio Petithomme, subió dos tramos de escalera para reunirse con su mujer, que se había retirado á su habitación. No entró, sin embargo, con tanta facilidad como hubiera podido suponerse, porque tuvo necesidad de llamar, de esperar, y cuando Cesarina preguntó desde adentro *¿quién es?*, contestó con su voz de falsete.

—Soy yo, Cornelio.

Como si esta pregunta y esta respuesta no bastasen, un pequeño ventanillo practicado en la puerta se abrió permitiendo á Cesarina mirar quien llamaba; y sólo cuando reconoció á su marido y que ningún malhechor fingía su voz para querer entrar, descorrió los cerrojos, quitó dos vueltas á la llave y permitió que entrara su consorte. ¿Por qué tales precauciones en pleno día, en una casa habitada por otros vecinos? ¿Temía